

Violencia Domiciliar Contra la Mujer

Irene Pineda Fermán

Violence against women within the home is a shocking fact, since it occurs in the very place we expect to provide affection and protection. Raising the issue implies breaking social norms, since we have been taught that the family is sacred and that abuse against women is natural and inevitable. This article discusses the issue from the perspective of its author's experience working in therapy groups and the perspective of the battered women themselves. It classifies some of the various forms of abuse and outlines the various stages through which these women pass in their recovery process.

Cuando se reflexiona sobre la violencia domiciliar, se tiende a pensar solamente en sus aspectos físicos. Los golpes, los ataques con objetos contundentes, el empleo de armas blancas o de fuego constituyen los elementos más significativos de lo que llamamos agresión física, puesto que generan situaciones con un riesgo inmediato de muerte o lesiones. Sin embargo, el abuso emocional integrado por dichos o hechos que avergüenzan, humillan y bajan el nivel de autoestima de la persona, es un tipo de abuso no tenido en cuenta pese a que es la principal fuente de deterioro psíquico para cualquier ser humano.

La violencia enmascarada o encubierta -vista desde una orientación destructiva- golpea nuestra vida cotidiana. Pero es aun más insoportable

cuando la violencia se vive en el lugar que debería aportar afecto, comprensión, protección y solidaridad: la familia y el hogar. En el marco del hogar miles de personas padecen toda clase de sufrimientos. La violencia familiar ha permanecido siempre en secreto incluso para las investigaciones y teorías psicológicas y sociológicas. Es difícil vencer la resistencia al abordaje de este tema tabú que oponen las creencias sociales o culturales. Si bien el número de casos registrados de maltrato doméstico parece ir en aumento, la violencia sigue siendo un secreto de familia. La violencia florece en privado.

En este artículo se abordarán en primer lugar los factores generales de la violencia domiciliar. Esto nos servirá de contexto para analizar el caso es-

pecífico de la violencia domiciliar contra la mujer y sus distintas formas, así como las fases del proceso terapéutico que viven las mujeres en grupo.

1. Algunos Factores Generales implicados en la Violencia Domiciliar

Existen varios factores implicados en la violencia doméstica. Detallaremos aquí algunos de los que nos parecen más relevantes.

1.1. La aceptación de la violencia

Las acciones o mensajes de violencia en la televisión, el cine, los sistemas legales y en las comunidades, inciden sobre el nivel de violencia en las familias. Olson (1979), sugiere que la violencia exhibida en los medios de comunicación cumple la función de reflejar tanto el elevado nivel de agresión que existe en la sociedad como de perpetuar el modelo.

1.2. El status subordinado de la mujer

Los valores culturales respecto a los roles femeninos y masculinos (Abbott-Richmond, 1983) inciden también sobre el nivel de violencia de las familias. En nuestras sociedades patriarcales, los hombres continúan poseyendo un mayor status que las mujeres en los ámbitos laborales, legales, etc. Dentro de las familias y fuera de ellas, los niños reciben men-

sajes claros que las mujeres no son tan importantes como los hombres. Estos mensajes pueden llevar a que mujeres involucradas en relaciones en las que reciben malos tratos piensen que sus necesidades, e incluso sus vidas, no son tan valiosas como las necesidades de sus hijos o de su marido. Así, las mujeres pueden permanecer en hogares en los que son maltratadas con el fin de garantizar que sus hijos tengan el necesario soporte económico o para proteger a sus maridos. Muchos hombres siguen pensando que ellos son dueños de sus esposas y sus hijos y que tienen derecho a «utilizar» a sus mujeres e hijos de la manera que mejor les plazca.

1.3. Experiencias de socialización

La experiencia y la exposición a la violencia en una generación determinada incrementa la posibilidad que ésta aparezca en la segunda generación.

Los adultos que han sido testigos de la violencia en sus familias de origen o que han sido sus víctimas, se ven afectados de diferentes maneras para el resto de sus vidas, dependiendo de su propio estado de desarrollo en el momento en el que ocurrieron los actos violentos.

Los niños que observan a su padre golpeando a su madre tienen más probabilidades de continuar con esta pauta en su propio matrimonio que los crecidos en hogares no violentos.

En otras palabras, los adultos que estuvieron sujetos a malos tratos físicos o sexuales en el hogar durante su infancia, tienen más posibilidades de abusar de sus propios hijos o casarse con cónyuges que abusen de ellas y de sus hijos, que aquellos adultos que no han sido sujetos de malos tratos.

El haber sido víctima de la violencia durante la infancia pesa en el sentido de una percepción diferencial y de una mayor tolerancia a las distintas formas de agresión. Si la relación violenta estaba integrada a la forma de funcionamiento de la familia, la resolución de conflictos por medio de la agresión no le parecerá nada raro a la persona, al punto que puede llegar a sustituir las expresiones verbales por acciones violentas.

1.4. Recibir y dar en la familia

Una familia no puede existir sin una «ética de relación», sin un equilibrio entre el *dar y recibir*. Cada cual recibe y entrega algo a cambio.

En torno a este dar y recibir, el grupo familiar estructura una red de lealtades, de expectativas colectivas que cada cual está obligado a honrar para mantener la continuidad del grupo. Para Boszormeny-Nagy (1975), el principio del «endose de cuentas» consiste en hacer pagar a la generación siguiente la agresividad o la injusticia de la que ha sido víctima la generación anterior.

Para Ferenzi Sandor (1991), esto puede llegar incluso a la *identificación con el agresor*. La víctima del maltrato hace suyas las razones que tiene el agresor para oprimirla, para violentarla. Adopta su pensamiento, su legitimidad. «*Él tiene razón de golpearme, él tiene toda la razón*». Más aún, en el caso en que el agresor niegue la agresión, «*No sucedió nada, no es nada grave*», la persona puede seguirlo por este camino y pensar realmente «*No sucedió nada*». A partir de este momento, la persona víctima de maltrato abandonará sus vivencias, perderá confianza en su propia percepción de las cosas, renunciará a su propia representación de lo sucedido, a su propio relato. Esto puede conllevar a la disociación, que puede llegar hasta la locura.

Dentro de la violencia familiar, las víctimas pueden ser los niños maltratados, los niños abusados sexualmente, las mujeres maltratadas o golpeadas, ancianos agredidos y cónyuges en guerra. A continuación abordaremos la violencia contra las mujeres.

2. La Violencia domiciliar contra las mujeres y sus diferentes formas

El problema de la violencia contra la mujer es tan complejo que no se le puede describir ni explicar desde una sola perspectiva. Hay una multitud de variables internas y externas

entrecruzadas que es necesario tener en cuenta para una aproximación adecuada al fenómeno.

Debido a la educación y formación recibida con el objeto de diferenciar su rol de género, la población femenina ha adquirido una serie de rasgos que no le permiten reaccionar adecuadamente ante las acciones agresivas. Entre estos rasgos pueden mencionarse: la pasividad, la tolerancia, la desvalorización, la falta de afirmación, la obligación familiar y la creencia que no se es nadie sin un hombre al lado.

En los casos en que una mujer reacciona ante la agresión, se le castiga duramente. Nunca se toma en cuenta el por qué de su reacción violenta, ni el antecedente y se le condena desde el punto de vista legal y social. Si una mujer comete un delito por defenderse o por defender a su prole, este hecho es tan poco común que es susceptible de ser duramente criticado. En cambio, si es un hombre el que comete un acto violento en contra de una mujer, esto es considerado como algo de poca trascendencia.

El maltrato hacia la mujer puede ser de diversos tipos: verbal o no verbal, emocional y físico. En nuestro medio es común creer que sólo se trata de maltrato cuando la mujer presenta golpes contundentes en el rostro o partes visibles del cuerpo. Pero éste se encuentra en cada uno de los

actos agresivos dirigidos contra las mujeres.

Debido a los patrones culturales de sumisión que la sociedad patriarcal ha inculcado al género femenino, a veces ni siquiera se toma conciencia del maltrato del que es víctima la mujer. Se piensa con frecuencia que el maltrato tiene lugar únicamente en familias de escasos recursos y sin educación. Sin embargo, se ha observado que éste se da sin distinciones de clase social o de nivel educativo.

Lo que se observa en algunos casos es que un tipo de maltrato sustituye a otro tipo. Por ejemplo, en un medio más intelectual el maltrato físico puede ser sustituido por el verbal o el emocional:

«¡Qué ropa tan fea la que te pusiste para ir a ese cumpleaños. Bueno, en fin, nada te queda bonito!».

Dentro de las acciones agresivas dirigidas en contra de la mujer, los hombres hacen uso de varias tácticas. Pueden, por ejemplo, demoler la autoconfianza de la mujer negándole el valor o credibilidad a las observaciones que ella le expone:

Ella: ¿Tenés otra mujer, verdad?

El: ¡No! Es una amiga. Caramba con vos, ya no se puede hablar con nadie.

Ella: Pero si yo te vi como te maneaba.

El: ¡Ah! es que ella es así de loca y no respeta, pero de mi parte no hay

nada... y ya no me estés diciendo nada que me arrecha el hecho de que no me tengas confianza.

En otras ocasiones, el hombre puede juzgar como no importante o intrascendente todo lo que para su compañera es prioritario o significativo y desprecia abiertamente sus planteamientos:

Ella: A mí me gustaría que nosotros nos comunicáramos mejor.

El: ¡Pero quién te ha dicho que eso es lo importante! Lo que es importante es que haya amor en la pareja, para poder criar a los hijos. Además, vos venís con tonterías cuando en realidad yo soy el único que sabe lo que es importante, porque yo soy el único que trabaja en esta casa para mantener a vos y a los chavalos. ¡Comunicación! ¡El dinero, eso es lo importante!

A veces también, el hombre trata de convencer a su compañera de que ciertos sucesos, por ejemplo los episodios violentos, fueron productos de su imaginación. Niega su existencia o las características que la mujer les atribuye.

Ella: Es que vos me decís cosas que me hieren. Fijate lo que me dijistes: que no era señorita cuando me agarrastes, que quién sabe de quién son esos chavalos. Y mirá el morete que me hicistes cuando me agarrastes fuerte, etc. ¿Vos crees que eso no me duele? Y ahora me pedís que sea cariñosa y que haga el amor con vos como si nada hubiera pasado.

El: Vos exagerás. Primero, el morete no te lo hice yo. Quién sabe dónde te golpeaste y ahora me querés culpar a mí. Quién sabe quién te lo hizo. Y segundo, vos estás deformando las cosas. No es eso lo que yo te quise decir, ni tampoco te lo dije en ese tono, ni de esa manera. Realmente no es eso lo que pasó. Vos estás inventando cosas que no dije y que no pasaron».

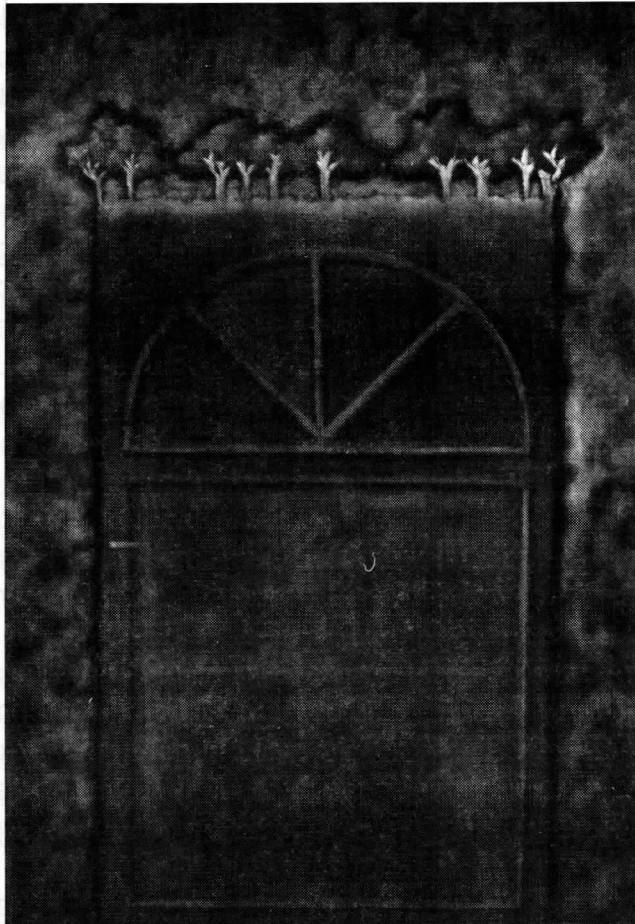
Esto puede conllevar a que la mujer se crea y se sienta loca, que crea que pierde la razón, que pierde el contacto con la realidad. Y, en algunos casos, puede llegar realmente a volverse loca. El hombre anula así la capacidad perceptiva, de juicio y de memoria de la mujer y la hace sentir culpable por traer a colación cuestiones molestas e irritantes. La culminación de este ataque a las experiencias de la mujer se produce cuando ella le señala tales manejos y él le responde acusándola de paranoica y de intentar enloquecerlo con sus sospechas y tergiversaciones. Esto desmoraliza evidentemente a la mujer, quien se estrella contra el muro que el hombre opone a sus intentos de debatir razonablemente las dificultades que existen entre ellos.

Sea o no golpeada físicamente, se trata en definitiva de una mujer cuya autoestima está destruida, sus recursos de autoprotección están severamente deteriorados y su capacidad de

actuar se encuentra paralizada por los efectos terribles del abuso. Esto le lleva a creer que su situación no tiene arreglo, que carece de fuerza e iniciativa para lograr una vida autónoma.

Un marido violento puede burlarse de su esposa, criticarla e insultarla de mil maneras: como madre, mujer, ama de casa, profesional o, simplemente, como persona.

Pero existe otra forma de maltrato emocional que no es considerada en su cabal gravedad: el silencio. Muchos de estos hombres no le hablan a su esposa, la ignoran, no contestan a sus preguntas o comentarios, no se detienen a dialogar con ella y la mantienen en una situación de lejanía. Pasan por su lado como si no existiera. No la toman en cuenta en nada: en decisiones, en proyectos o en actividades diversas. Tampoco la escuchan, la obligan a callarse



"Puerta"

y llegan a impedirle o prohibirle conversar o emitir opiniones dentro y fuera de la casa. Para estas mujeres está vedado expresar sentimientos, emociones o vivencias que están relacionados con su relación conyugal.

Estas actitudes rara vez son entendidas como una modalidad más del abuso psicológico frecuente en muchos matrimonios. Hay

una violencia solapada en este trato que resulta destructivo para la personalidad, ya que se pretende mantener a la mujer conteniendo todo lo vivido, sin poder comunicarlo con nadie, ya que el mensaje implícito es: «no mereces que alguien te escuche».

Otro tipo de abuso bien frecuente es el sexual que consiste en la total desconsideración de la intimidad corporal de la mujer. El hombre puede forzar a la mujer a mantener relaciones sexua-

les con él aunque ella no lo desee. La obliga con su fuerza física, con amenazas o con un arma.

El abuso de poder puede convertirse en una lucha sin fin en la cual el hombre coarta las libertades de la mujer: ésta no tiene permiso para salir sola o con los niños, no tiene derecho a que nadie la visite en su casa, ninguna amiga es tolerada y poco a poco, la mujer se va viendo aislada de personas que podrían proporcionarle otra imagen del mundo exterior u otro modelo para funcionar en pareja. Testimonios como el siguiente son bastante frecuentes:

«Mi marido no me deja ir a ningún lado. A él no le gusta ni que vaya al supermercado a comprar. Yo no puedo salir a ninguna parte, le tengo que pedir permiso para todo. Ninguna amiga puede visitarme porque él dice que algún hombre me manda mensajes. Me dice que soy su empleada doméstica, que además sólo para eso sirvo, etc.»

Otro tipo de maltrato consiste en prohibirle a la mujer que trabaje fuera del hogar. Con esto el hombre pretende controlarla en sus acciones y mantenerla dependiente de él, emocional y económicamente, restringiéndole los diferentes roles que una mujer puede tomar en la sociedad.

La amenazas representan otra forma de maltrato, ya que mantienen a la mujer en zozobra. Pueden consistir en

intimidaciones psicológicas, como por ejemplo, el posible abandono del hogar o la petición de la tutela de los hijos, o en advertencias de maltrato físico.

El chantaje emocional, característico de hombres maltratadores que han sido sobreprotegidos por sus madres constituye otra clase de maltrato. Estos hombres llegan al matrimonio con el sentimiento que la mujer con la que se casan debe cumplir un rol materno para con ellos. Y cuando su cónyuge no cumple a cabalidad con este rol entonces la convierten en víctima del chantaje emocional.

Hasta no hace mucho tiempo, la violencia contra la mujer no era reconocida como tal y, por lo tanto, no se le concedía la importancia que merece. Es más, se le veía como algo natural ya que el hombre siempre tenía más derechos que la mujer. Lamentablemente, el panorama no ha cambiado mucho. Sin embargo, hoy en día se demanda cada vez más que las mujeres víctimas de violencia sean reconocidas como tales y que se les pueda dar la atención terapéutica y la protección legal necesaria.

Cuando llegan a decidirse a pedir ayuda, las mujeres víctimas de maltrato vienen cargadas de dolor, de culpabilidad, de una baja auto-estima, con el sentimiento que están traicionando a su marido y con un pánico terrible de ser duramente castigadas si el marido las descubre. Pero el dolor y las ganas

de salir de ese infierno en el que viven privadas de sus derechos más elementales, es mayor que el miedo.

En mi experiencia en terapia de grupo con mujeres víctimas de violencia, ellas me han permitido acompañarlas y seguir las de cerca en un proceso cuyas etapas más importantes se exponen en el siguiente apartado.

3. Etapas del proceso terapéutico de las mujeres maltratadas

En este proceso se pueden distinguir diferentes etapas. Una de ellas, probablemente la primera, consiste en que las mujeres se permitan a sí mismas sentir que han sido víctimas de maltrato y que continúan siéndolo. Esto no siempre es evidente, puesto que muchas mujeres creen que lo que les sucede es normal, justo y que ellas no tienen más opción que adaptarse a la situación.

La víctima de la violencia, al tomar conciencia de su situación experimenta un sentimiento doloroso. Sin embargo, este dolor es beneficioso y aporta sus frutos.

Otra etapa fundamental dentro de este proceso es poder hablar de lo sucedido. Esto es válido tanto para el maltrato o abuso sufrido durante la infancia, como para el maltrato del que se está siendo víctima en la actualidad. No olvidemos que más del 75% de mujeres que son víctimas de maltrato por parte del marido, durante su infancia fueron

víctimas de maltrato o abuso sexual por parte de un familiar adulto (el padre, el padrastro, el tío, el abuelo, etc.).

Las mujeres en general no pueden expresar lo sucedido de primas a primas, sin estar seguras que disponen de un clima de seguridad, lleno de comprensión y absoluto respeto. Cuando ellas encuentran este clima, se sienten animadas a comunicar su propia experiencia:

«Bueno, ya que todas han contado sus cosas, voy a empezar a sincerarme yo también, ahora que más o menos las conozco y les tengo un poquito de confianza. A mí también me sucedió lo que a muchas. Mi padre abusó de mí desde que yo tenía 6 años, o al menos desde entonces yo lo recuerdo. Él continuaba abusando hasta hace poco tiempo, pero mi madre se dio cuenta. Mi madre me amenazó que si lo volvía a hacer me iba a echar de la casa y me dijo que yo era una provocadora de hombres».

Cuando la persona puede hablar sobre su propia experiencia de maltrato, está en capacidad de comenzar a trabajar sobre su infancia y su familia de origen. Esto constituye otra etapa dentro de su proceso. El análisis de las relaciones al interior de su familia, nos permite comprender cómo es que esta niña aprendió a relacionarse con los demás, qué es lo que esta niña recibió durante su infancia, qué es lo que interiorizó como modelos a reproducir.

A partir de aquí podemos trabajar su propio miedo a reproducir las pautas de comportamiento recibidas, así como revisar en qué se están reproduciendo los mismos modelos aprendidos. Es entonces cuando nos encontramos, así, con una dura realidad: una mujer que ha vivido desde su tierna infancia la violencia, tiene muchas probabilidades de reproducirla con las otras generaciones.

La terapia debe permitirles, entonces, que se enfrenten con su propia agresividad, con el ser que las violenta, con la agresividad reprimida por el miedo y la impotencia. Se trata, además, de hacerles comprender los mecanismos por los cuales ellas desplazan su agresividad contra seres indefensos, en lugar de agredir a la persona que las agrede. Se trata de volver a poner en su lugar la agresividad desplazada, poner límites para no dejarse agredir gratuitamente, aprender a relacionarse de otra manera, aprender a hablar, dialogar y a expresar verbalmente sus emociones y sentimientos, en lugar de hacerlo de manera no verbal, con golpes. Es como volver a re-aprender. Esta es la dura tarea a la que estamos enfrentadas las mujeres: re-aprender para no buscar cada vez, en cada relación, un marido violento o forjar un hijo de la violencia que vaya luego a reproducir de nuevo la cadena de violencia. De lo que se trata es que nosotras mismas cambie-

mos, para no seguir en la tarea inútil de tratar de cambiar al otro. □

Bibliografía

1. Abbott-Richmond, Marie, *Masculine and Feminine*, Mc. Graw-Hill, N.Y., 1983.
2. Boszormeny-Nagy, *Terapia familiar*, Ed. Paidós, 1975.
3. «Cárcel de mujeres» en *El País*, agosto, 1991.
4. Ferenczi Sandor, *Psicoanálisis familiar* en *Encuentro*, Bruselas, 1991.
5. Fernández Raquel, *El mundo de las mujeres encarceladas*, en *Envío* abril, 1993.
6. Forward Susan, *Cuando el amor es odio*, ed. Grijalbo, 1987.
7. Gelles, R. y Straus, *Determinantes de la violencia familiar*, The free press, N.Y. 1979.
8. Norwood, Robin, *Las mujeres que aman demasiado*. Vergara, 1986.
9. Olson D., Russell, *Circumplex Model of Marital and Family Systems*, JHI press, N.Y., 1979.
10. Renders, X., *Progenitura y premaduración patológica*, en *Encuentro*, diciembre, Bruselas, 1991.